

LIBROS

Ian Buruma

STAY ALIVE. BERLÍN, 1939-1945

Emmanuel Carrère

KOLJÓS

Ciro Murayama

EL FUTURO QUE SE ESCAPA.
NEOLIBERALISMO Y POPULISMO EN EL
MÉXICO DEL SIGLO XXI

José Antonio Zarzalejos

LA HUELLA DE SÁNCHEZ. EL RÉGIMEN DE 2018. LOS
AÑOS DE LA DESTRUCCIÓN

Octavio Paz

ANTOLOGÍA CAPRICHOSA. ALGUNOS POETAS
FRANCESES DEL SIGLO XX

Semezdin Mehmedinović

SARAJEVO BLUES

Marie de Quatrebarbes

ABY

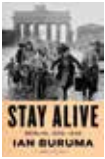
Yuri Buida

LADRÓN, ESPÍA Y ASESINO

HISTORIA

Berlín en guerra

por **Daniel Gascón**



Ian Buruma
STAY ALIVE.
BERLÍN, 1939-1945
Londres, Atlantic, 2026,
384 pp.
Nueva York, Penguin,
2026, 400 pp.

Stay alive, el libro más reciente de Ian Buruma (Países Bajos, 1951), puede verse como la combinación de dos proyectos. Por una parte, enlaza con trabajos anteriores que ha escrito sobre la Segunda Guerra Mundial y nuestra relación con el pasado, en Asia y en Europa. A esa línea pertenecen *El precio de la culpa*, *Año cero*. *Historia de 1945* o *Collaborators*, que entrelazaba la peripecia de tres colaboradores. En este caso, sigue la Segunda Guerra Mundial en Berlín: *Bleiben Sie übrig*, “siga con vida”, era una despedida común en la capital en esos años.

Pero *Stay alive* también tiene que ver, al menos como punto de partida, con la memoria familiar, que Buruma exploró en *Their promised land*. *My*

grandparents in love and war. El padre del autor, Leo, era un ciudadano holandés que estudiaba Derecho en la Alemania ocupada. Los nazis exigían un juramento de lealtad a los jóvenes holandeses; Leo, como muchos otros, no lo firmó y pasó a la clandestinidad. Por razones que nunca estuvieron del todo claras, un amigo de la resistencia le dijo que acudiera a su localidad natal. Allí lo fue a recoger su padre a la estación; pronto los detectó la policía. Leo se vio obligado a elegir entre trabajar para el enemigo (que estaba corto de mano de obra) o que él y su padre fueran detenidos. Así, estuvo en la capital alemana entre el 43 y el 45.

Buruma dice que se ha escrito mucho sobre el Berlín de la República de Weimar, pero bastante menos sobre los años de la guerra en la ciudad, cuando “la catástrofe que los nazis habían puesto en movimiento alcanzó su clímax”. Quizá, conjetura, se deba al temor de autores liberales alemanes a dar una sensación de “autocompasión nacional”. La mayoría de quienes permanecieron en Berlín no eran “ni cínicos ni matones ni fanáticos ideológicos; simplemente

se conformaban”. La advertencia que pueden contener las páginas, sostiene Buruma, no trata de la capacidad humana para la cobardía o la valentía (aunque también están ahí), sino de “la tentación de mirar hacia otro lado”.

Buruma estructura el libro en secciones anuales divididas en capítulos breves, que van desde el comienzo de la guerra, con la propaganda antipolaca y los intentos por minimizar las dificultades, hasta el final terrible, con la ciudad destruida y conquistada por el Ejército Rojo, pasando por prohibiciones y racionamientos, reclutamientos y captura de “derrotistas”. Es un ensayo polifónico, una especie de mosaico que recoge textos periodísticos, fragmentos de diarios, cartas, memorias y entrevistas de multitud de personajes. Algunos son célebres, como Joseph Goebbels, ministro nazi de Propaganda y *Gauleiter* de Berlín. Aparece con bastante frecuencia el periodista estadounidense William Shirer. Entre los personajes más inolvidables del libro está el escritor censurado por los nazis Erich Kästner; la heroica Ruth Andreas-Friedrich (que, con su marido Leo Borchard,

ayudó a judíos amenazados con la deportación); el guitarrista medio judío y trasladado al campo de concentración de Theresienstadt Coco Schumann (que se unió a una banda de jazz llamada los Ghetto Swingers y que se había librado de una detención a base de cuajo y engañar con la verdad, diciéndole a un agente de las ss: “Deberías arrestarme, soy judío y encima menor”), o Helmuth von Moltke, patriota y conservador, parte de la oposición a los nazis, que fue ejecutado en enero de 1945.

Berlín no había sido una ciudad querida por los nazis; más bien representaba un conjunto de valores contrarios a los suyos. Además albergaba una gran población judía: unos 90.000 al principio de la guerra. Había una estratificación: era peor ser judío que eslavo, ser eslavo era peor que ser latino, y latino peor que ario. Los judíos de Berlín (divididos en categorías tan delirantes como siniestras), que sufrieron un tratamiento brutal, se consideraban alemanes y estaban totalmente integrados. Entre ellos había algunos que participaron en la Primera Guerra Mundial; muchos eran patriotas. Los apartaron primero a zonas separadas y luego los fueron deportando. Algunos trataron de pasar a la clandestinidad: de ellos, solo unos 2.000 sobrevivieron al final de la guerra.

Aunque Buruma cuenta con maestría casos de suprema mezquindad y heroísmo admirable, muchas personas se mueven en una especie de zona gris, con contradicciones, vacilaciones y áreas de incertidumbre. Según él, un Estado criminal como el nazi corrompe a todo el mundo. Se está siempre negociando, haciendo concesiones. Las relaciones humanas se vuelven transaccionales; más todavía en un contexto de privación. El sexo servía para obtener seguridad, protección o simplemente comida. A los judíos clandestinos, señala Buruma, les beneficiaba ser jóvenes, estar sanos y ser físicamente atractivos: era algo con lo que siempre podías negociar.

Algunas alemanas trataron de hacerse “novias” de un militar soviético que las había agredido para evitar que otros soldados las violaran. (Más de 100.000 mujeres y niñas fueron violadas en Berlín por soldados soviéticos.)

Buruma habla de la propaganda grandilocuente y de la publicidad inverosímil, y reproduce chistes que a veces funcionan como epígrafes y revelan una realidad opuesta. Que te oyeran uno de esos chistes, como les pasó al caricaturista E. O. Plauen y al periodista y autor de canciones Erich Knauf, era peligroso: Knauf fue decapitado por “denigrar al Führer” y “socavar la moral militar”; Plauen se suicidó en su celda el día anterior a la ejecución.

Los estadounidenses, y sobre todo los británicos, pensaban que la dureza de los bombardeos aéreos desmoralizaría a la población, según Buruma, como habían pensado los alemanes de los bombardeos de Londres. No funcionó en ninguno de los dos casos: ese sufrimiento de la población civil no resquebrajó el ánimo, sino que generó un espíritu de resistencia. A veces un país aliado bombardeaba de noche y otro durante el día; la capital sufrió cientos de ataques aéreos. El libro es particularmente bueno en la descripción de cómo se destruye una ciudad, en los cambios de ánimo de la población, y también a la hora de mostrar cómo muchas cosas continuaban de manera inverosímil: por ejemplo, la vida cultural.

Buruma analiza películas, desde obras virulentamente antisemitas como *Jud Sijf* a fantasías como *Las aventuras del barón Münchhausen*. Muestra tensiones entre los que se quedan y los que se van: se odian unos a otros.

Stay alive está lleno de historias y personajes, de momentos conmovedores y anécdotas horripilantes. En ese mundo cada vez más infernal seguían existiendo los restaurantes, los partidos de fútbol y los conciertos, a veces con música de imitación estadounidense, porque el jazz atraía

a los jóvenes aunque era detestado por el régimen. Aparecen Wannsee, donde se diseñó la Solución Final, y las exposiciones de propaganda, como la del Paraíso Comunista, rápidamente parodiada. Y cobra una importancia llamativa el zoo de Berlín. La periodista Ursula von Kardorff inspeccionaba la ciudad tras un bombardeo. Veía iglesias y restaurantes en llamas, y el zoo dañado, con muchos animales muertos o huidos. “Es una sensación extraña pensar que puede aparecer un tigre de repente”, anotaba; una bomba había caído en el acuario y se decía que se veían serpientes y cocodrilos en los canales.

Abundan las paradojas. Por supuesto, la principal es el esfuerzo de tantos por no ver lo que otros, sin embargo, sí sabían: que se estaba exterminando a los judíos; Anne Frank, encerrada en un ático, lo sabía. Pero no es la única: Leo Buruma es un joven de provincias y Berlín es, a fin de cuentas, la primera metrópolis que conoce, donde acude a un concierto de la Filarmónica y prueba comida china por primera vez.

De esa manera, un tanto azarosa, descubre una gran ciudad y entabla relaciones con personas atrapadas allí, como una chica ucraniana o una familia que lo recibe a menudo. No va a Berlín por voluntad propia, pero a lo largo de su vida siente incomodidad por haber estado allí y por haber trabajado para el enemigo. Como otros personajes del libro, salva la vida *in extremis*. Dice Buruma que *Stay alive* es una carta de amor a Berlín y a su manera de convivir con un pasado particularmente traumático: también es un libro muy bien investigado y construido, una especie de *collage* humano y fascinante, con un gran sentido del ritmo y una admirable capacidad para apreciar los claroscuros. ~

DANIEL GASCÓN es editor de *Letras Libres*. Este año ha publicado *Los nuevos Bartleby* (Rosamerón).

NOVELA

Rusia como asunto de familia

por Elios Mendieta



Emmanuel Carrère
KOLJÓS
Traducción de Juan de Sola
Barcelona, Anagrama, 2026,
448 pp.

La llegada a librerías de *Una novela rusa*, en 2007, distanció al autor, Emmanuel Carrère, de su madre, Hélène Carrère d'Encausse, una de las grandes figuras de la intelectualidad gala de las últimas décadas, secretaria vitalicia de la Academia Francesa. Dos años después madre e hijo abrazaron una suerte de amnesia voluntaria por la que esa pieza literaria nunca habría visto la luz y retomaron las relaciones. Su vínculo se volvió, según reconoce el escritor, más o menos afectuoso hasta la muerte de ella, ocurrida en 2023. Quizá hay que ver en la aparición de su último libro, *Koljós* —un retrato del linaje familiar de su madre, del modo en que esta conquistó la notoriedad en sus actividades académicas y, también, de la manera en que su hijo se relacionó con ella desde que era un crío hasta su muerte—, un intento de cerrar ese sinsabor que aquel libro causó. La gran valía de *Koljós* es que este relato íntimo no se construye en forma de hagiografía, pues no busca suavizar el legado más triste o feroz de su madre, sino construir un lienzo justo y riguroso de una mujer tan brillante como polémica, muchas veces severa e impenetrable, descendiente de príncipes rusos y aristócratas georgianos, que mereció un funeral de Estado en el parisino patio de honor de los Inválidos.

Carrère d'Encausse fue una de las grandes especialistas en la Unión Soviética, y lo cierto es que en este libro todo pasa por este país ya inexistente o, mejor cabría decir, por Rusia

y parte de los países que conforman el espacio postsoviético. Carrère reconstruye el linaje de su madre viajando hasta el siglo XIX, comentando tanto su ascendencia rusa aristócrata como la parte georgiana perteneciente a la rama paterna. Es en el país caucásico en el que nacieron Iósif Stalin o Lavrenti Beria donde también vio la luz Georges Zurabshvili en 1899. Este emigró a París en 1924, un año después se casó con Nathalie y en 1929 nació su hija Hélène. Llegada la Segunda Guerra Mundial, Georges se convirtió en colaboracionista y se empleó como intérprete en un garaje que abastecía a la Wehrmacht. Liberado Burdeos, donde residía, tres miembros armados de los FTP (Francotiradores y Partisanos) se presentaron en su casa y se lo llevaron en septiembre de 1944. Nadie de la familia volvió a ver con vida al abuelo de Emmanuel y padre de Hélène. Un trauma persistente quedó en la memoria de la futura historiadora, que poco antes de la muerte confesaba haber soñado con la vuelta de su padre. Carrère recuerda en *Koljós* la historia de su abuelo colaboracionista, que narró con mayor profundidad en *Una novela rusa*, lo que generó el cabreo de la madre con su vástago.

No obstante, la Rusia contemporánea aún juega un papel más interesante que el Imperio zarista o el periodo soviético. Carrère confiesa su obsesión con la guerra de Ucrania, su creciente rechazo a la idiosincrasia del país agresor, y recuerda cómo aquel 24 de febrero de 2022 en que se inició la invasión él viajó a Moscú para hacer un cameo en la adaptación cinematográfica de *Limónov*, una de sus mejores obras, aparecida en 2011. Un día antes, Hélène —Carrère no rebaja la admiración de su madre por Putin— aparecía en televisión como gran experta para recordar a los espectadores, no sin grandilocuencia, que el mandamás ruso era un hombre brutal, sí, pero ante todo razonable: “Miren, Putin no está loco, no va

a invadir Ucrania.” Este error la persiguió, aunque lo admitió, y Carrère saca a relucir ciertas declaraciones de su madre en el contexto bélico que, como mínimo, muestran la ambigüedad en su pensamiento; por ejemplo, de Zelenski dirá que es “muy arrogante”. Otros pasajes también revelan la promiscuidad de la historiadora con sujetos de extrema derecha. Escribe Carrère que no le hace especial ilusión afirmar que su madre, a los veinte años, se codeaba con nostálgicos del pétainismo como Robert Brasillach y otros negacionistas.

La cuestión rusa, ya sea en pasado o en presente, le permite al escritor establecer con su madre un juego de espejos deformados que va más allá de la guerra. Ella se deja seducir por el poder que pervive en la belleza y grandeza de Moscú o San Petersburgo, mientras que a él le interesa la *glubinka*, la Rusia profunda, aquello que queda lejos de los centros urbanos principales. Carrère d'Encausse se dedica a redactar grandes y reconocidos estudios académicos, mientras que el hijo se apoltrona (verbo utilizado por la propia historiadora) en el “yo”, y se rebaja a lo banal y lo superfluo en su literatura.

En la no ficción contemporánea, y Emmanuel Carrère es uno de los autores más representativos y exitosos de esta tendencia, la memoria familiar es un tema destacadísimo. En sus textos, los autores no solo investigan y narran, sino que se preguntan cuál es la mejor manera de lidiar con una parte dolorosa del pasado filiativo; cómo hacer el menor daño posible a otros familiares sin renunciar a contar: una parte metaficcional que podemos encontrar recientemente en *El monarca de las sombras*, de Javier Cercas; en *Mi padre alemán*, de Ricardo Dudda; *No os recuerdo*, de Laura Alzola; o *La estrategia del koala*, de David Roas, por citar tan solo unos ejemplos recientes. Y, claro, esto está en el centro del último trabajo del parisino: al final cree que su madre le habría “permitido” escribir

este libro, aunque no le habría gustado todo lo que en él se relata.

Son más los puntos de interés que podemos encontrar en esta obra galardonada con el Prix Médicis y el Goncourt. Las digresiones sobre literatura y política, sin salirse del mundo ruso, son muy singulares, como el relato de la disputa entre occidentalistas y esclavófilos, con Dostoievski y su simulacro de ejecución como modelo de reflexión; o esa ironía corrosiva, tan típica de Carrère, con la que ataca, por ejemplo, al chovinismo de mayo de 1968 frente a la valentía de los checoslovacos ese mismo año: “La Primavera de Praga duró seis meses. El 28 de agosto de 1968, los tanques del Pacto de Varsovia entraron en Checoslovaquia y aplastaron esa rebelión (la de los estudiantes franceses se había dispersado por las vacaciones).” También es cierto que la primera parte del libro puede ser tediosa en varios epígrafes ante tanta incursión en el vasto linaje de la madre.

Pero la parte de mayor ternura la deja Carrère para las cincuenta páginas finales. Es bellissimo el modo en que narra —y, por lo tanto, el homenaje implícito que hay en ello— el adiós a su madre: su entereza, sin renunciar a su forma de ser ni en los últimos instantes. Pero, en esta no renuncia, también queda implícito lo que Carrère señala como el pasaje más triste de todo el libro: Hélène se despidió obligada y sin cariño de su marido, Louis Carrère, con el que estuvo setenta años. La felicidad en pareja de ambos duró dos décadas y, desde entonces, el padre de Emmanuel fue un molesto fantasma para su mujer. Falleció cinco meses después que Hélène, y quien sí se despidió de una forma muy afectuosa de Louis es su hijo Emmanuel, en las últimas páginas del libro, otorgándole esa luz que su mujer le negó, ya que siempre vivió a la sombra de la gran historiadora: “Mi madre es la protagonista de esta larga historia, pero es él, en secreto, desde el fondo

de su despacho oscuro forrado de tela verde botella quien me la ha dictado.” Carrère ha escrito su libro más íntimo gracias a los archivos, fotografías y documentos que su padre conservó de su madre y de su árbol genealógico, ya que Louis fue siempre, en la sombra, un hombre enamorado. ~

ELIOS MENDIETA es escritor y profesor universitario. Su libro más reciente es *Memoria y guerra civil en la obra de Jorge Semprún* (Guillermo Escolar, 2023).

ECONOMÍA Y POLÍTICA

Cómo llegamos aquí

por **José I. Casar**



Ciro Murayama
EL FUTURO QUE SE ESCAPA. NEOLIBERALISMO Y POPULISMO EN EL MÉXICO DEL SIGLO XXI
Ciudad de México, Ariel, 2025, 312 pp.

En *El futuro que se escapa*, Ciro Murayama acomete una tarea ambiciosa: dar cuenta de la evolución política y económica de México de los últimos veinticinco años. Lo hace desde una perspectiva que no se asume con frecuencia en los análisis académicos de la realidad mexicana: intenta establecer los puentes y los vasos comunicantes entre economía y política que son indispensables para entender ambas esferas de la vida nacional en un plano que trasciende los límites propios de cada disciplina. Aporta argumentos del ámbito de la economía para explicar la evolución política y argumentos vinculados a la política para contribuir a la comprensión de la economía. Este es un camino de reflexión —el de la verdadera economía política— que deberíamos seguir quienes nos ocupamos en pensar el desarrollo del país.

Al despuntar el siglo las perspectivas de México difícilmente podían ser más favorables. Se había recuperado

la estabilidad macroeconómica y con la entrada en vigor del TLCAN el país se estaba convirtiendo en una potencia exportadora de manufacturas. Además, como señala Murayama, la demografía era particularmente conveniente, porque había cada vez más personas en edad de trabajar y menos personas dependientes de aquellas. Y no solo en la economía soplaban vientos favorables: en el año 2000 asistíamos a la novedad democrática de la alternancia y el pluralismo.

Veinticinco años después el panorama, dice Murayama, es ominoso. La construcción democrática fue revertida y hemos llegado al punto “en que ya no prevalece un sistema constitucional democrático”. La economía en este cuarto de siglo de crecimiento mínimo ha sido incapaz de generar bienestar. El PIB por habitante apenas ha crecido en medio punto porcentual al año y eso gracias a que cada vez más mexicanos, como porcentaje de la población, trabajan. La desigualdad y la pobreza siguen marcando al país. La informalidad caracteriza a más de la mitad de las ocupaciones en el país —a pesar de la válvula de escape de la emigración— y la inseguridad campea en buena parte del territorio.

Murayama hace dos pertinentes advertencias. La primera es que los pobres resultados económicos y políticos no son atribuibles a agentes externos, sino producto “de acciones y omisiones propias”. La segunda es que debemos evitar el maniqueísmo del debate actual, pues ni todo lo hecho por los gobiernos de uno u otro signo estuvo mal, ni podemos caer “en la celebración autocomplaciente”. Es necesario, entonces, un corte de caja de los aciertos, errores y omisiones de estas décadas.

Entre los logros del periodo se cuenta, sin lugar a duda, la llegada de la democracia y el pluralismo, hoy bajo asedio. Frente a quienes critican a la transición democrática por concebir a la democracia como una cuestión

“meramente” electoral, Murayama nos advierte que la democratización no se agotó en ese terreno: “Se logró tener gobiernos democráticamente electos, pero también acotados en términos democráticos: con poderes legislativo y judicial no subordinados y nuevas instituciones autónomas –las electorales, pero también las encargadas de la protección no jurisdiccional de los derechos humanos, de la transparencia y el acceso a la información, entre otras– diseñadas para garantizar los derechos fundamentales y eliminar la discrecionalidad y el abuso del poder presidencial.” Apunta también que esto contribuyó a separar el gobierno del Estado y al partido oficial del gobierno, lo que, junto con la dependencia de los otros poderes frente al ejecutivo, estaba en la base del autoritarismo mexicano.

En la economía destacan dos logros de primera importancia. En primer lugar, el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica y, en segundo, el cambio estructural que permitió a México pasar de ser una economía cerrada y especializada en la exportación de materias primas a convertirse en una economía abierta y especializada en la exportación de productos industriales de cada vez mayor contenido tecnológico.

Pero frente a los aciertos pesaron más los errores y las omisiones. El cambio estructural en un contexto de estabilidad macroeconómica no alcanzó a detonar el crecimiento que esperaban los impulsores de las reformas estructurales. Esa falta de crecimiento impidió aprovechar el bono demográfico. La economía mexicana fue incapaz de incorporar a la creciente población en edad de trabajar a empleos con alta productividad y mejores salarios. La informalidad persistió y, en consecuencia, la productividad promedio se estancó y con ella el ingreso medio de los trabajadores. Ahí se encuentra buena parte de la explicación de la mala distribución del ingreso y de la pobreza.

La democratización, así, no se vio acompañada de niveles de bienestar crecientes a pesar de los modestos avances recientes. Como dice Murayama, “el neoliberalismo alejó a México del bienestar; el populismo destruyó la democracia constitucional. El neoliberalismo significó el fracaso social de la democracia; el populismo consumió el crimen autoritario contra la democracia”.

Los gobiernos de tres partidos con ideologías de origen distintas han mantenido la misma política económica. En los tres casos persiste la idea de que la política macroeconómica es la correcta en tanto ha logrado mantener los equilibrios básicos. Murayama muestra cómo la forma específica que adoptó la política macroeconómica, con políticas fiscal y monetaria procíclicas, tiende a reducir el crecimiento. Pero también persiste una concepción general de la intervención del Estado que, salvo por la obsesión de este y el anterior gobierno con el sector energético, desdeña la política industrial. Esto implica renunciar a una política de inversión pública activa que genere condiciones de rentabilidad creciente para la inversión privada en los sectores que podrían detonar el desarrollo.

La escasa inversión pública, que se encuentra en sus niveles más bajos históricamente, tiene su origen en la penuria fiscal del Estado. Con los niveles de ingresos públicos que tiene México es imposible invertir en infraestructura –social y económica– y al mismo tiempo mantener las finanzas públicas en orden. Como concluye el libro: “El principal problema económico de México, su bajo crecimiento, se debe a la renuncia política de incrementar los impuestos [...] Así puede decirse que el mayor problema económico del país tiene un origen político. A la vez, el deterioro del sistema democrático se nutrió del desencanto producido por los magros resultados económicos de dos décadas de vida democrática:

el problema político tiene una raíz económica.”

Esperemos que la frase que da título al libro deje de ser cierta en el segundo cuarto del siglo. Que lo sea dependerá de lo que hagan los actores políticos, las élites económicas y la sociedad; para tener éxito, sin embargo, deberán abandonar los dogmas económicos y las prácticas populistas que bien ilustra Murayama. ~

JOSÉ I. CASAR es investigador del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo de la UNAM.

ENSAYO

El régimen del muro

por **Jordi Canal**



José Antonio Zarzalejos
LA HUELLA DE SÁNCHEZ.
EL RÉGIMEN DE 2018. LOS
AÑOS DE LA DESTRUCCIÓN
Madrid, La Esfera de los Libros,
2025, 230 pp.

“Trumpismo y sanchismo no son lo mismo, pero se parecen demasiado”, escribe José Antonio Zarzalejos, periodista de absoluta referencia en España, exdirector de *ABC* y analista en *El Confidencial*, en su nuevo y excelente libro *La huella de Sánchez*. En sus páginas analiza el sanchismo, el régimen de 2018, personalista, patrimonialista, arbitrario, presidencialista, iliberal y patológicamente mendaz. Desde un punto de vista internacional, no solamente se observan paralelos con el populismo trumpista en Estados Unidos, sino también con la destrucción de la República de Weimar, culminada en 1933 en Alemania. La negación del otro político y la permanente confrontación de la sociedad están en los fundamentos de los anteriores fenómenos. En el caso sanchista, su símbolo o huella –Zarzalejos bebe aquí de Walter Benjamin– por

excelencia es el muro, que el propio Pedro Sánchez explicitó en noviembre de 2023 en el debate de su investidura como presidente del gobierno. Alzar un muro: España contra España.

La deslealtad hacia la Constitución de 1978 y su permanente perversión conforman, según el autor, la esencia del proyecto sanchista, que ha desactivado gradualmente “el equilibrio de poderes y las garantías del funcionamiento democrático del Estado de derecho”. Para llegar a ello, Sánchez y los suyos han usado una estrategia de colisión incívica a fin de instalar la dinámica amigo-enemigo. El principio del fin del sistema constitucional de 1978, se afirma, empezó el 1 de junio de 2018, fecha de la moción de censura contra Mariano Rajoy y acceso al poder del PSOE de Pedro Sánchez con la ayuda de la extrema izquierda, los independentistas y demás antisistema. En este proceso “destituyente” se impugnan dos de los principales fundamentos de la Carta Magna: la unidad territorial de España y la monarquía parlamentaria.

En el centro del régimen del muro sanchista hallamos, evidentemente, a Pedro Sánchez. Uno de los siete capítulos que componen el libro está dedicado al retrato del político socialista, intentando desentrañar una personalidad psicótica y narcisista, eminentemente circular (“todo comienza y termina en él y de un modo total”). Algunos rasgos apuntados avalan esta contundente sentencia: umbral emocional ínfimo y feroz instinto de poder, escasez moral, megalomanía, deslealtad con los colaboradores e intimidación –el sanchismo consiste, apunta Zarzalejos, “en la adhesión a Pedro y en el miedo a Sánchez”–, carácter vengativo e injurioso (el “puto amo”, el faltón Óscar Puente *dixit*). Sánchez se mueve siempre entre la falsedad y el engaño, con el maquillaje y los retoques estéticos a modo de máscara. De hecho, para él la verdad no es más que una simple opinión. Constata el autor una clara exacerbación del

personaje desde abril de 2024, con el paripé del famoso retiro de cinco días y su carta a la ciudadanía. Su deterioro físico ulterior, sostiene, “transparenta una tensión interior en la que se intuye más rabia que autocontrol, más rencor que responsabilidad”.

Pedro Sánchez se ha rodeado adrede de políticos mediocres: desde los corruptos José Luis Ábalos y Santos Cerdán, unos “tipos que acreditan la naturaleza mendaz del líder y ofrecen la dimensión de sus proporciones éticas”, hasta José Félix Tezanos, Óscar López, Óscar Puente o Pilar Alegría. Salvando algunas excepciones, la conclusión es nítida: “Sánchez –quizá estableciendo el baremo moral en sus propias percepciones éticas– ha acertado a entregar el Estado a los más dóciles, a los más mediocres o a los más indecentes.” Mientras que la clase dirigente está siendo, en esta etapa, la más vulgar de la democracia española, también la red clientelar tejida supera en densidad y descaro las de anteriores gobiernos.

Para entender el sanchismo, escribe Zarzalejos, debemos rastrear sus orígenes, que se encuentran en las etapas al frente del PSOE y del gobierno de España de José Luis Rodríguez Zapatero. Para el autor, todo comenzó el 11 de marzo de 2004, y hay dos momentos clave en la voladura del pacto constitucional: la ley revisionista de la Transición democrática llamada de Memoria Histórica, de 2007, y el Estatuto catalán de 2006, con una privilegiada relación PSC-PSOE. El camino desde la heterodoxia zapaterista –otra cosa es el Zapatero de hogaño– al régimen excepcional sanchista ha sido largo, sin que los gobiernos funcionariales del Partido Popular, entre 2011 y 2018, consiguieran revertir la tendencia de fondo. Sea como fuere, en 2018 Pedro Sánchez decidió, rompiendo total y definitivamente con los principios ideológicos y la herencia socialista de lealtad constitucional, “dinamitar el sistema”, con tres episodios destacados: la nueva Ley

de Memoria Democrática –con la incorporación de una propuesta de los continuadores políticos de la banda terrorista ETA–, la amnistía a los golpistas catalanes, en 2024, y las conmemoraciones del cincuentenario de la muerte de Franco al año siguiente.

La falsedad y el engaño presiden el régimen de 2018, que rompe el pacto de la Transición y el consenso constitucional, orillando a la derecha, a fin de establecer un régimen presidencialista e iliberal en el que el mapa territorial de España se transforma en sentido confederativo, distinguiendo a Cataluña, País Vasco y Navarra de las demás comunidades. La tendencia a la mutación constructivista de la Carta Magna y el desprecio al poder legislativo –falta de presupuestos, uso abusivo del decreto ley, elusión de las sesiones de control y de los debates sobre el estado de la nación–, junto con un gobierno de coalición que no es más que un “trampantojo”, una tupida red clientelar y las alianzas con todos los grupos radicales dispuestos a erosionar o explotar el sistema, caracterizan la obra de Sánchez y los suyos. El proyecto a futuro, aventura el autor, pasa por ceder ante un referéndum de autodeterminación en Cataluña y una embestida final contra la monarquía parlamentaria. El nuevo régimen podría finalmente imponer así un muro entre ruinas: las del sistema y la Constitución de 1978. Otra España, en fin de cuentas.

Dedica Zarzalejos un capítulo a cada uno de los tres únicos contrapoderes al nuevo régimen sanchista y a las tentativas para domeñarlos: la corona, el poder judicial y una parte de los medios de comunicación. La deslealtad constitucional afecta directamente al rey, que no es protegido frente a los continuos ataques de los socios gubernamentales y parlamentarios de los socialistas, al tiempo que se compromete su actuación del 3-O con una amnistía –un “disparate jurídico”– a los golpistas catalanes y se cortocircuitan sus funciones, además

de constreñir su agenda nacional y, sobre todo, internacional. El comportamiento gubernamental con la corona, con especial mención al ministro de Exteriores, José Manuel Albares, resulta impugnable. Todo apunta a una deseada mutación constitucional en la que la monarquía parlamentaria adopte una ornamentalidad a la sueca y deje paso a un modelo de parlamentarismo presidencialista. Los hechos de Paiporta, en noviembre de 2024, situaron al monarca y al jefe del gobierno frente a la realidad. Al fin y al cabo, Felipe VI deviene un auténtico referente cívico y moral frente al sanchismo rampante y la propia figura de Sánchez.

A partir de los pactos de investidura con los independentistas, Sánchez ha planteado desde el ejecutivo una abierta confrontación y acoso contra los jueces, apoyado en la idea de *lawfare* y un supuesto franquismo sistémico. El control de la judicatura, en el que el ministro Félix Bolaños actúa, en metáfora futbolística, como ariete, ha tenido efectos tanto en el Tribunal Constitucional de Cándido Conde-Pumpido como en la Fiscalía General del Estado, con Dolores Delgado y Álvaro García Ortiz convertidos en meros delegados gubernamentales. En cualquier caso, asevera Zarzalejos que, hasta el momento, el poder judicial ha resultado “la más eficiente contención a la expansiva y autoritaria implantación del régimen sanchista”. Quizá, nos advierte, lo peor esté por llegar. Por lo que a la prensa se refiere, el sanchismo la abocó abruptamente a la dinámica amigo-enemigo. El autor se centra en los intentos de control del Grupo Prisa y *El País*, los cambios en RTVE y el espantajo de la *fachosfera*. Apunta, no obstante, un cambio en positivo en el mundo periodístico desde finales de 2024.

La huella de los gobiernos de Pedro Sánchez es profunda. Cada día se añaden ladrillos al muro. La constante perversión del sistema constitucional y su sustitución por otro de tipo

liberal, entre 2018 y hoy mismo, meritan ser objeto de análisis, reflexión y denuncia. El sanchismo, en el cenagal y estado de excepción moral de nuestra vida pública, en opinión del autor, se alza esencialmente sobre la mentira, que, como se explica, constituye la peor de las corrupciones en política –al margen de las otras, bien judicializadas en los últimos tiempos en las personas de Ábalos, Cerdán o Koldo García–. La situación es grave. No se trata de alarmismo, sino de realismo. Las consecuencias provocadas por el régimen sanchista, asevera José Antonio Zarzalejos en este libro valiente, certero y necesario, van a ser en buena medida irreversibles. ~

JORDI CANAL es historiador y profesor en la EHESS (París). En 2025 publicó *Tiempos difíciles*. Euroamérica fin de siglo (Taurus).

ANTOLOGÍA

Parecerse a lo que amamos

por **Malva Flores**



Octavio Paz
ANTOLOGÍA CAPRICHOSA.
ALGUNOS POETAS
FRANCESES DEL SIGLO XX
Edición de Fabienne Bradu y
Guillermo Sheridan
Ciudad de México, Ediciones
de la Paz/El Equilibrista, 2025,
436 pp.

Cuando Octavio Paz volvió a México, en septiembre de 1953, fue bien recibido por sus amigos, entre ellos por el coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y director de la mejor época de su revista, Jaime García Terrés, quien lo invitó a varias actividades y en noviembre le dedicó un fragmento de su columna –“La feria de los días”–, donde comentó que la conferencia de Paz sobre “Poesía y poema” había sido “uno de los acontecimientos más relevantes de la vida artística en México”. Alabó también el ciclo de conferencias de Max Aub sobre la

“Poesía española contemporánea” y, finalmente, narró que, desde su regreso, todas las mañanas el poeta recorría avenida Juárez visitando librerías. En una de ellas había solicitado un libro de 1948 que no tenían y entonces le ofrecieron las últimas novedades. “Octavio confesó cabizbajo: ‘Para mí todo es novedad, tras un alejamiento de diez años’. Y entonces al dependiente se le iluminó la cara: ‘En tal caso, es indispensable que conozca estos ensayos de Cosío Villegas. Y esto, de Martín Luis Guzmán. Y también (y aquí le mostró a su desconcertado interlocutor sendos ejemplares de *El laberinto de la soledad* y de *Libertad bajo palabra*) a este poeta, Octavio Paz, que dicen que es bastante bueno.’”

Cinco años más tarde, y después de la experiencia de Poesía en Voz Alta, efectuada también en la UNAM, Paz sería llamado por Max Aub para una nueva aventura: un programa de radio que se tituló: *Algunos poetas franceses del siglo XX. Una antología caprichosa* y cuyos once programas se transmitieron por XEUN, Radio Universidad Nacional, entre el 20 de junio y el 22 de agosto de 1958. La antología muy probablemente fue preparada –conjetura Guillermo Sheridan– por Paz, claro, pero también por el actor Pierre Comte, quien vivió una temporada en México, y por Jean-Clarence Lambert, de paso en el país, y quien quizá recomendó a Comte con Paz, cuando debió volver a Francia. En la cabina acompañaron a Paz el propio Comte, el locutor –quien leía los parlamentos de Comte– y, en el transcurso de las emisiones, participaron también Juan José Gurrola, Pina Pellicer y hasta Helena Paz Garro, en una fugaz intervención.

La realización de estos programas habrá emocionado a Paz, aunque nunca la recordó con especial énfasis, nos dice Sheridan en el prólogo, donde revisa minuciosa, pero ágilmente, la relación de Paz con los medios de comunicación durante toda su vida: de la radio a la televisión, al

computer. El programa era la oportunidad de sacar “de las catacumbas” a la poesía mediante su inserción en la radio, pues pensaba que aquella –le escribió a Max Aub en 1961– “se deformará y dispersará y reunirá la voz humana, sé que volverá a estar ligada a las experiencias de la música, la electrónica principalmente y sus nuevos mundos sonoros”, pero también de poner en práctica otra tarea creadora que obliga al ejercicio de la imaginación: el escucha, dijo Paz en 1997, “inventa una voz” pues “todos, al leer un poema, lo leemos en voz alta, aunque no se oiga un ruido, pero es una voz *imaginaria* la que habla”.

Los poetas incluidos en esos programas fueron, en este orden, Guillaume Apollinaire, Paul Éluard, Henri Michaux, Robert Desnos, André Breton, Saint-John Perse, Jules Supervielle, Germain Nouveau, Pierre Reverdy, Pierre Jean Jouve y Benjamin Péret. Pero este libro no contiene solo la transcripción, ya de por sí valiosa, de los programas que fueron recuperados por Ángel Gilberto Adame y que, afortunadamente, podemos escuchar gracias a que en el mismo libro se incluye un código QR que nos dirige a las grabaciones originales. El trabajo de los editores es una muestra de rigor académico, pero también de entusiasmo y de algo que hemos olvidado: la pasión por la poesía y su historia; la idea de que la literatura es, como los programas mismos, una charla entre amigos. Al leer, nos sentimos testigos –y, ¿por qué no?, partícipes también– de una muy larga conversación. A las bromas o comentarios de Paz y sus acompañantes, responden Bradu y Sheridan, y nosotros *inventamos* aquellas voces *imaginarias* y también conversamos.

Se acompaña la transcripción de los poemas en la versión que fue leída, pero también se incluyen traducciones importantes –de Jorge Carrera Andrade, Villaurrutia, José Luis Rivas, Ulalume González de León o el propio Octavio Paz–.

Leemos además las versiones de los editores, que en una ocasión prosifican meritoriamente un poema –“lo que es una forma de claudicar ante los paródicamente suntuosos alejandrinos del original” de Robert Desnos– y critican varias de las versiones que se eligieron en 1958, incluidas algunas de Paz, escritas “sobre las rodillas” o una de Pierre Zekeli, cuya traducción de Nouveau les resultó deplorable, lo que obligó a Sheridan a retocarla (aunque se publican ambas versiones). Nos enteramos de esa versión fallida en la nota que acompaña la transcripción, donde Bradu nos cuenta que Nouveau no aparece nunca en la obra ensayística de Paz, quien tampoco lo tradujo. Asimismo, Sheridan comenta su asombro por la presencia de este poeta en cuyo programa no estuvo Paz en la cabina, aunque sí se leyeron sus parlamentos, preparados previamente. “¿Habrá sido elegido por Comte?”, se pregunta, y este tipo de interrogaciones pueblan la sección “Después del programa”, donde se inscriben las nuevas traducciones y los editores establecen una charla sobre el texto, las historias que de allí nacen y el seguimiento puntual de la presencia de estos poetas en la obra y en la biografía de Paz y así conocemos chismes, cartas y problemas amorosos, políticos o literarios de los antologados.

La selección y los comentarios de Paz y Comte giran alrededor de un astro poderosísimo, aquel que, decía el poeta, “guardó intactos sus poderes de indignación moral” y “fue un foco secreto de pasión poética en nuestra época vil”: el surrealismo (aunque no todos los poetas incluidos hubieran sido surrealistas). También sabemos del momento político que aquellos vivieron pues Paz va dejando, aquí y allá, comentarios sobre el nazismo, el fascismo y el movimiento comunista, aunque de pronto advierte que no es propósito del programa recorrer los terrenos de la política, sino evocar a los autores.

No tan en el fondo, sin embargo, se trata de una antología de la poesía moderna, amorosa y erótica, francesa, y por la acuciosa investigación podemos atisbar el momento emocional por el que pasaba Paz, deseo de volver a Francia para continuar su relación con Bona Tibertelli de Pisis, a quien le escribió en 1964 una carta que decía: “Cuando era chico, yo quería al mismo tiempo ser Rimbaud y Baudelaire, Michaux y Éluard, Garcilaso y Blake, Novalis y no sé quién más. Quería parecerme a lo que amaba.”

Aunque Sheridan explica que los poemas seleccionados por Paz “apuntan a un momento central de su vida (su anhelada unión con Bona)”, no dejo de pensar que, como en todo poeta verdadero, en las palabras de Paz encontramos no solo su pasado o presente, sino también el augurio de su futuro. Presagio de su reencuentro, varios años más tarde, con Marie José Tramini –aquella “muchacha / detenida / sobre un precipicio de miradas” entre la calle Montalembert y la Rue du Bac–, al comentar el sistema de “correspondencias insólitas” de Breton, parece dar fe de la naturaleza vidente del poeta que anticipa momentos esenciales de su vida sin siquiera imaginarlo: “Salimos un día de casa y de pronto, al doblar una esquina, encontramos un rostro, una presencia: ¿suerte?, más bien, *azar objetivo*. El deseo tiende un puente colgante entre el sueño y la vigilia donde está ella esperándonos.” Y al leer sus palabras me asalta el recuerdo de aquel “puente colgante de once sílabas” que, en *Pasado en claro*, conducía a Paz de un cuento a otro. Pero estas son solo algunas de las muchas resonancias que yo imagino al leer esta *Antología caprichosa*, cuyas secciones más memorables –por los programas mismos, pero también por los comentarios de los editores– son, al menos para mí, las dedicadas a Apollinaire, Breton, Michaux y Péret.

El epílogo del libro, obra de Fabienne Bradu, nos habla de la revelación que se produce al *escuchar* la lectura de la poesía, pero también de la conmovedora experiencia de volver a oír la voz de Paz leyendo poemas. Al término de esta ruta, uno puede o quiere creer que, como decía nuestro poeta de Breton, “cuando la gritería y la cháchara que hoy nos ensordecen se haya disipado, su palabra volverá a ser oída”.

Esa esperanza me lleva a otra, vislumbrada en la “Nota a la edición”. Allí podemos leer: “procuramos reinvindicar la *charla*, la hospitalaria *causerie* que la vengativa ‘teoría’ ha tratado de expulsar de la lectura y sus deleites”. Esta *Antología caprichosa* cumplió con su propósito sobradamente. ~

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. Su libro más reciente es *Manual para el crítico literario en emergencias* (Universidad Veracruzana/El Equilibrista, 2024).

MISCELÁNEA

Un asedio de carne y hueso

por Miguel Roán



Semezdin Mehmedinović
SARAJEVO BLUES
Traducción de Marc Casals
Barcelona, Deleste, 2026,
176 pp.

Cuando hay guerra, la guerra lo cubre todo, pero solo para quien la sufre. Una mirada extrañada quedaría obturada por el cúmulo de destrucción y muerte. Pero no necesariamente estas personas conectarían con el sentimiento de dolor e incertidumbre que viven las víctimas, con sus quehaceres y digresiones, tampoco con sus momentos de asueto y tedio.

Ya sabemos que desde fuera la tragedia se concibe como un espectáculo mórbido, sobre todo si el lugar está

lejos y no se tiene ninguna referencia cercana ni conocida. En este caso en Europa y a setecientos kilómetros de Viena.

A comienzos de los años noventa, para los europeos, Bosnia y Herzegovina estaba cerca, igual que lo está ahora, pero muy lejos mentalmente. Como un juego de espejos catatónico, los sarajevitas sabían cómo los observaban, con una mezcla de incredulidad, paternalismo y algunos gestos de compasión, pero también como a una masa deforme de víctimas, una amalgama sin nombres ni apellidos.

Semezdin Mehmedinović es un autor bosnio, de los que se quedó con su familia en el Sarajevo asediado, durante 44 meses, por el Ejército serbo-bosnio –arrastraría el cargo de conciencia de que su hijo Harun pasara por ello–. Parecían causarle repulsa los fotorreporteros internacionales (“monos de feria con cámaras Nikon”), que en su ambición ansiaban la instantánea efectista; también le enervaba todo el politiquero en torno al conflicto, mientras sus conciudadanos escuchaban la radio anhelando la paz.

Leyendo a Mehmedinović, uno reafirma la idea de que la guerra solo pertenece a quienes la han vivido en su patria espiritual, y a casi nadie más.

Después de la buena acogida de *Diarios del olvido*, la editorial Deleste publica *Sarajevo blues*, ambos traducidos por Marc Casals. Esta última obra relata episodios dispersos, entradas a descripciones, reflexiones y pensamientos varios, inspirados durante y por el asedio. La obra de Mehmedinović está compuesta por un glosario de diapositivas junto con una colección de poesías –que también se retrotrae a una etapa anterior a la guerra en Zenica como bibliotecario– y las excelentes fotografías de Milomir Kovačević, quien tiene la bula de ser un fotógrafo local. Al final hay una entrevista entre el autor y el traductor.

La literatura sobre el asedio es un género literario en sí misma. Hay muchas obras de autores locales que nos acercan al sitio desde la ficción y desde la no ficción –algunas todavía no traducidas al español–: *Sarajevo. Diario de un éxodo*, de Džezvad Karahasan; *El diario de Zlata*, de Zlata Filipović; *Sarajevo para principiantes*, de Ozren Kebo; *Plegaria en el asedio*, de Damir Ovčina; o *Sarajevo Marlboro*, de Miljenko Jergović. Este último defiendo que *La peste* de Albert Camus también serviría para hacerse una idea del asedio más largo de la historia moderna después del de Stalingrado.

Estos autores narran el asedio como un cuaderno de retales, como si la vida en aquellos días fuera discontinua. Tal vez porque uno es consciente de que la existencia empieza y acaba a cada momento. Uno oye granadas, disparos, explosiones y ve cuerpos yaciendo en el suelo. Son señales terroríficas que te mantienen alerta y que te trauman para siempre. Cualquiera diría que a todo se acostumbra el ser humano. No es cierto. Mucho menos si el testigo es un alma cuerda y sensible.

El texto combina delicadeza y sofisticación. Es una ventana hacia ese abismo, como quien mira a escondidas tras una puerta. Su poesía no aspira a convertirse en una voz etérea y onírica; todo lo contrario: es un atlas de incidencias sobre una catástrofe moral y emocional.

Mehmedinović prefiere ser periodista en la literatura y literato en el periodismo. Es meritorio escribir en tiempos de guerra, pero en él parece haber una necesidad incontrolable de relatar la realidad, sus contrastes y contradicciones. Quiere evitar que la verdad se le escape entre los dedos o que llegue cualquier aprovechado y la falsifique. Sin embargo, entre líneas se lee una interpretación sardónica y liviana de la existencia, frente al maximalismo de las palabras gruesas y lo trascendente. El autor huye del patetismo, para perfilarse hacia lo

paradójico y ensalzar los detalles hacia una poderosa simbología de la estupidez, la dignidad y la supervivencia en la guerra.

Ni la selección de temáticas ni el estilo pretenden dramatizar un contexto que ya es dramático; de hecho, por momentos, hasta se podría decir que hay una desmitificación del horror bélico, porque el dolor es real, las miserias humanas quedan expuestas y la arena social parece dominada por la banalidad. El resultado, incluso en las referencias más líricas, es epidérmico. Las latas vacías, las velas en un cuarto, la pérdida de peso, los libros como parapetos, las goteras en las casas, la falta de aire al recorrer el túnel de Sarajevo, los regueros de sangre limpiados por la lluvia, los disparos de los francotiradores desde el cementerio judío, los escaparates allanados por las botas militares o las motosierras como aullidos lejanos son pasajes terrenales y radicalmente vivenciales. La literatura de Mehmedinović tiene los pies en la tierra.

Sarajevo blues no deja de ser un grito sordo para la posteridad: incluso los sistemas aparentemente más sólidos son frágiles. Sus referencias a Radovan Karadžić, Miroslav Toholj o Emir Kusturica son llamadas de atención, sobre la frontera borrosa entre el arte creativo y la indecencia. Con un enfoque de pandilla de barrio, nos cuenta que estamos en manos de hombrecillos de doble moral, oportunistas y aviesos.

Aleksandar Hemon, en *El libro de mis vidas*, narra su desazón cuando Nikola Koljević, el mayor experto yugoslavo en Shakespeare, se convirtió en uno de los personajes insigntes de la ruptura de la convivencia en Bosnia y Herzegovina. A nadie le puede extrañar que Mehmedinović desconfíe de las metáforas cuando vio a tantos amigos y paladines de la cultura inflados de odio, a su profesor de literatura “jugando al fútbol con la cabeza de un musulmán decapitado”.

El escritor se transforma sin quererlo en el forense de un cadáver ideológico, acelerado en su putrefacción por la guerra. Por eso los autores yugoslavos y posyugoslavos miran al futuro con suspicacia. La guerra pareció devolverlo todo a la incivilización. Una sociedad que fue alzada hasta lo más alto fue precipitada al vacío. El hecho de que el autor lo predijera no le salvó de la inclemencia de los comportamientos crueles y arbitrarios.

Sarajevo invita a un exceso de trascendencia e historia que lleva a muchos a proyectarla en el idealismo, en una especie de arcadia exótica que parece tan lejana como Jerusalén. Mehmedinović, ya en 1992, llegaba desde el futuro para enmendar nuestro silencio actual, sobre la desdicha de una periferia que no lo es, para narrar que los asedios son de carne y hueso y que la poesía puede doler en cualquier parte. No debe acabar en el sumidero de la historia. ~

MIGUEL ROÁN es escritor y director de *Balkanismos*.

BIOGRAFÍA

Encontrar un mapa en un bosque en llamas

por **Mireya Hernández**



Marie de Quatrebarbes
 ABY
 Traducción de Vanesa García
 Cazorla
 Cáceres, Periférica, 2026,
 158 pp.

1918. Ha acabado la Gran Guerra y Aby Warburg busca “la salida de la interminable noche en la que se ha sumido el mundo”, consciente, como Wislawa Szymborska, de que “no deliran los sueños, delira la realidad”. Tiene que recoger los añicos que hay tirados por el suelo y volver a juntarlos, aunque eso implique pasar una temporada en el infierno. Antes de

que lo internen en Hamburgo, Jena y la Clínica Bellevue de Suiza, Aby viaja a Estados Unidos y se obsesiona con los indios hopi, que décadas más tarde le devolverán la cordura. Y antes, con tan solo trece años, cambia el negocio familiar por el estudio, el banco por los libros. Eso lo salvará. Eso y las imágenes.

En su primera novela, la poeta, traductora y editora Marie de Quatrebarbes gira como el Hada Eléctrica envuelta en tejidos de colores, con su traje convertido en una pantalla de proyección; salta de Leonardo a Nietzsche, que nos mira enajenado desde la pared; viaja en barco hasta América; recorre las reservas amerindias y nos hace partícipes del nacimiento del electroencefalograma, el ferrocarril, el telégrafo y los rayos X. Es una época eléctrica a más no poder, una era veloz en la que ya nadie se para a pensar. Cuanto más conectados estamos, más distancia hay entre nosotros y los mitos.

A través del caleidoscopio de Quatrebarbes, la vida de Aby Warburg (1866-1929) es un relato desordenado donde las imágenes y los símbolos reinan y lo anecdótico brilla por su ausencia. La estructura misma del libro define al personaje y su fin último: “que, de su infinito ensamblaje, surja una lógica capaz de dominar el caos”. Esa búsqueda de sentido en un mundo que se tambalea, asediado por los fantasmas de la guerra, entronca directamente con la idea benjaminiana del coleccionista como antídoto contra la dispersión. ¿No ha saltado todo por los aires? ¿No va a saltar de nuevo con la siguiente contienda? ¿Por qué entonces vamos a disponer los hechos de un modo lineal? “Nadie sabe orientarse en la oscura noche láctea cuando, a cada paso, el mundo vacila y se da la vuelta.” Los vínculos lógicos son pues sustituidos por las conexiones azarosas que traza el pensamiento. Las perspectivas, como en el cubismo, se multiplican; las asociaciones son infinitas; todo se relaciona

con todo, en los paneles de Aby, en las páginas de este libro y en la mente del espectador. Y así como la fotografía es testigo mudo de una época que se ramifica y estalla, los informes médicos de los que parte la autora francesa para narrar la crisis psicótica del alemán nos muestran al pensador desde un ángulo inusitado que enlaza con el viejo diálogo entre el arte y la locura.

En algún momento, Marie y Aby se solapan como las estampas en el torreón ramoniano, que afirmaba que “lo que en realidad maravilla al hombre es ver las cosas superpuestas. La superposición que consigue en construcciones, ideas, en fantasías, es lo que cree que le hace trascendente”. ¿Acaso no es eso el *Atlas Mnemosyne* de Warburg? ¿Acaso no parte de la misma premisa que el inventor de la greguería, esa que reza: “la imagen de una sola cosa ya no quiere decir apenas nada. Es necesario complicarla, injertarla en otras, herirla en el pecho”? El historiador del arte, además, compondrá su obra magna y su archivo “a fuerza de lagunas, manchas, nebulosidades e inversiones de perspectiva”, pero aquí también será el espectador el que acabe uniendo los puntos.

Esta biografía extraña —la única verdaderamente fiel, cabría pensar— se mete en la cabeza de su protagonista y nos la muestra como en una sala de despiece a la inversa, con todas sus partes separadas y clasificadas en piezas más pequeñas para que las unamos mientras leemos. Y,

así, en ese puzzle braquiano, vemos al descendiente de una familia de banqueros judíos, al erudito, al especialista en el Renacimiento, al defensor de los iconos, al paranoico, al viajero, al investigador, al conferenciante, al padre de familia que sonríe para la foto. La decisión de ensamblar retazos de vida de Warburg como si montara los volúmenes de su biblioteca (con conexiones inauditas que dibujan líneas imaginarias entre sus páginas) es, qué duda cabe, acertadísima, pero lo realmente asombroso de la novela es la destreza —el arte, más bien— de Quatrebarbes para convertir un expediente clínico en poesía y para adentrarse en el abismo de la mano de su personaje y transformar la narración en música, las fobias en imágenes y las alucinaciones en metáforas, logrando además desaparecer del relato sin ser vista. Su lirismo dota al texto de un halo casi fantasmagórico que consigue que veamos aquello y a aquellos que hace tiempo que dejaron de existir. Nos hallamos ante otro atlas de la memoria, otra colección que ordena a la vez que desordena, otro “enigma jamás revelado por completo”, otro tiempo descentrado, salvaje, donde cualquier cosa, por pequeña que sea, tiene alma.

Chesterton decía que el loco no es el que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo excepto la razón. Warburg, que no dejó de pensar ni en plena esquizofrenia, se cura cuando dicta su conferencia en Bellevue, en abril de 1923. *El ritual de la serpiente* lo saca magullado de la oscuridad en la que ha vivido durante un lustro y vuelve al mundo, que es lo mismo que decir que vuelve a intentar dotar de sentido al mundo, como en ese otro poema de Szyborska que dice: “Después de cada guerra / alguien tiene que limpiar. / No se van a ordenar solas las cosas, / digo yo.” ~

MIREYA HERNÁNDEZ es escritora. En 2025 publicó *Veo el mundo como una gran sinfonía* (Pepitas de Calabaza).

BIOGRAFÍA

Una tragedia tras otra

por **Ricardo Dudda**



Yuri Buida
LADRÓN, ESPÍA Y ASESINO
Traducción de Yulia
Dobrovólskaya y José María
Muñoz Rovira
Madrid, Automática Editorial,
2026, 302 pp.

Hace un par de años, un usuario de X recopiló decenas de fotografías de rusos de Kaliningrado, la antigua Königsberg, posando frente a la tumba de Immanuel Kant, que nació y murió en esa ciudad (y no salió nunca de ella). Es, comprensiblemente, la gran atracción de la ciudad. La mayoría de fotos son de los años ochenta y noventa: hay mujeres con cardados, hombres con peinados *mullet*, y, a medida que pasan los años y llegan los noventa y los dos mil, aparecen los chándales, la gomina y los canis. En esas fotos está la esencia de la ciudad: fundada por los teutones, fue capital de Prusia Oriental, en ella nació el gran filósofo de la Ilustración y, tras la Segunda Guerra Mundial, pasó a manos rusas y se convirtió en un enclave aislado y deprimente, una isla rusa militarizada rodeada primero por otras repúblicas soviéticas (Polonia y Lituania) y luego por la OTAN. Kant y los canis; la Prusia imperial y la Rusia depresiva.

En *Ladrón, espía y asesino*, el escritor Yuri Buida, que nació en esa provincia rusa un año después de la muerte de Stalin, no habla mucho del pasado de la ciudad. Como ocurre con todos sus habitantes, sus orígenes están en otro lado: después de 1945, la zona se vació de alemanes y fue repoblada por ciudadanos soviéticos. Los padres de Buida provenían de Chuvasia, cerca de Kazán. Para los ciudadanos de Kaliningrado, el pasado alemán de la región es un resto arqueológico; hay también un olvido



institucional forzado: los nuevos colonos rusos en la zona eran considerados *pioneros*.

Aunque narra la vida de una región sin un pasado ruso, *Ladrón, espía y asesino* es una novela muy rusa. Es difícil no caer en el cliché, pero el libro está lleno de alcohol y borrachos: “Bebían en la fábrica el etanol celulósico [...] Bebían la ‘hormiguita’ o alcohol fórmico, bebían agua de colonia y barnices al alcohol, y los que habían pasado por cárceles, untaban un trozo de pan con la crema para el calzado, dejaban el bocadillo al sol para que el pan se impregnase bien de alcohol y después se lo comían. [...] Bebían el aguardiente mezclado con la gallinaza rica en fósforo. Bebían los obreros, los maestros, los oficiales.” Hay violencia, depresiones, supersticiones, enfermos mentales, huérfanos, escatología, mujeres promiscuas, machismo, embarazos no deseados, una crueldad desmedida, burócratas mediocres y, de vez en cuando, una sabiduría resignada: “No hay tragedias en la vida, o bien se vive el amor, o bien el vacío. Y para entender la vida ajena hay que vivir la propia”, dice la madre del protagonista. O: “Los héroes se han respetado desde siempre en Rusia, pero el amor lo dejan para los justos. Hoy el héroe realiza una hazaña, salva a sus compañeros de la muerte, defiende la patria, pero vuelve a casa y maltrata a su mujer, y después comete un robo, engaña, se envilece... Los héroes son de un solo uso. La tierra la sostienen los justos, no los héroes.” Buida narra todo con frialdad e ironía, incluso


aquello que le afecta directamente, como la muerte de su mujer embarazada o el nacimiento de su hijo.

Aunque planteada como un *Bildungsroman*, esta autobiografía es en el fondo un entretenidísimo anecdotario y una galería de personajes estrafalarios de la vida cotidiana rusa desde los años sesenta hasta el final de la Unión Soviética. Buida nace en una familia relativamente privilegiada y sus padres son de una clase media cultivada muy común en la URSS: tenían estudios y gran cultura, pero sus trabajos estaban muy por debajo de su cualificación. El joven Yuri descubre pronto la literatura: la familia vive cerca de una central de reciclaje a donde llegan toneladas de libros descatalogados, que se convierten en pasta de celulosa. Allí rescata desde las obras completas de Stalin hasta revistas soviéticas de ciencia ficción. Como todos los jóvenes de la región, madura muy pronto: tiene que sacrificar a su perro con sus propias manos, sufre varias decepciones amorosas (decepciones del estilo otro hombre se queda con tu novia, o tu novia muere en la cárcel en una pelea con lesbianas), ve un par de asesinatos y alguna que otra orgía entre los matorrales junto al río. Descubre que para sobrevivir tiene que ser un tipo duro, pero también que es mucho más listo que los demás. Acaba trabajando en el periódico provincial, donde se inventa crónicas sobre agricultores modélicos de los koljoses o granjas colectivas. Poco a poco va descubriendo la gran pantomima soviética, un régimen

ya en descomposición con la llegada de Bréznnev. Es un libro, sin embargo, carente de política e ideología. Aquí no llegan más que murmullos de los cambios de régimen (el aperturismo de Jruschov solo trae nuevos libros de Stalin a la planta de reciclaje, la vuelta a la ortodoxia de Bréznnev apenas se nota, y la propaganda no la lee nadie). Los personajes de esta historia son tan irrelevantes que nadie querría perseguirlos ni purgarlos ni disciplinarlos; la presión totalitaria y el Estado omnipresente soviético no llegan a este lugar: los habitantes de Kaliningrado ya tienen suficiente condena con vivir aquí, en este exilio interior.

Ladrón, espía y asesino es, a veces, un libro agotador. Es un goteo constante de tragedias. Buida les da ritmo, humor y sensibilidad, pero no se dedica a salvar a sus personajes, que están irremediabilmente condenados. Es un libro también lleno de belleza: encuentra poesía entre el barro y los arrabales, al borde del río donde se prostituyen las adolescentes, en las tabernas donde se intoxican los veteranos de guerra con estrés postraumático, en la *vida apretada*, como dice el autor, de los rusos que viven en cuchitriles insalubres. Es un libro ruso contado a la manera rusa, es decir, con resignación: la tragedia es parte de la vida. Bebamos para olvidar. Leamos poesía para recordar. El verdadero infierno es el vacío. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).



LETRAS LIBRES

BUSCA TODOS LOS
NÚMEROS PASADOS
EN NUESTRO ARCHIVO DIGITAL.

WWW.LETRASLIBRES.COM